

Karen Finneyfrock, Rachel McKibbens
y Mindy Nettifee (editoras)

Coraje: poemas audaces
para chicas valientes

Coraje es un nombre de hija.
NIKKY FINNEY

Introducción

Quizá hayas sido una chica adolescente. Quizá seas una chica adolescente ahora mismo. Y quizá conoces y quieres a una chica adolescente, o a alguien que lo fue en su día. Si has elegido este libro, ya sabes que la adolescencia de una chica es un territorio especial, ese metafórico bosque oscuro que toda chica debe atravesar. Tiene su lado material, claro: las hormonas, el instituto, la mejor amiga, los enamoramientos, los coches; todas las presiones, tan temidas, y todos los estrenos, tan ansiados. Pero también es un momento de gran misterio, de magia y de iniciación. Un momento en que escoger a dónde y cómo ir, y convertirte en la persona en que vas a convertirte; un momento en que enfrentarse a espantosos obstáculos y a grandes cambios.

En otras palabras: un momento completamente apabullante.

No podemos controlar el mundo que habitarán y contribuirán a crear las chicas adolescentes. Pero si pudiésemos darles un amuleto para llevar en el bolsillo, sería el coraje. Por eso, en vez de una espada, o de un camino de baldosas amarillas, aquí va este libro. Hemos metido en él poemas que os sacudan y que os hagan reír, poemas que se compadezcan y se aflijan con vosotras; poemas que os inspiren y os den lo que necesitáis para enfrentaros a la vida con gracia y con agallas. Son los poemas que nos habría gustado leer a nosotras cuando éramos más jóvenes.

No todos son fáciles ni «adecuados para leer en clase». Y no tratan todos los temas ni representan a todas las voces, porque un libro no puede contenerlo todo. Hemos seleccionado todos y cada uno de ellos para infundir coraje por medio de la voz. En esta antología hay madres, hijas y hermanas payasas; hay hechizos, advertencias, mitos y miradas cómplices. Es una recopilación de algunas de las voces más cautivadoras de la poesía estadounidense actual. De esta fiesta os vais a ir como mínimo con tres poemas favoritos. Prometido.

Las editoras
Karen, Rachel y Mindy

I. HECHAS DE RELÁMPAGO
Cuerpo e identidad

Estephania

Cristin O'Keefe Aptowicz

Habrá sido por mi boca siempre sucia,
o por mi pelo siempre sucio, o tal vez haya sido
por cómo la chulería y la arrogancia hincaban
sus pies de carbón en mis iris, avivando

sin pensar el fuego altivo de mi lengua.
Habrá sido mi infancia sin lazadas ni Barbies,
mi determinación por ser la única niña
tan macabra como para rebanar gruesas lombrices
con la uña del pulgar y engancharlas en el anzuelo de papá,
pero, fuese cual fuese el motivo, siempre me vi una marimacho.

Nunca sabía qué hacer cuando iba a casa
de mis amigas: sus camas con dosel,
sus máscaras de arlequín de cerámica, sus álbumes de fotos
de tela acolchada y purpurina. Sus madres
percibían mi salvajismo, me ofrecían nerviosas

vasos de t  helado destinados a volcarse,
el incesante temblor de extremidades, mis uñas sucias,
el imperdonable desastre que yo era. Nos conocimos
en quinto: dos rechonchas colecciones de errores al vestir,
dos rebuznantes sacos de risitas de chica y dientes de conejo,

y Dios te asignó la imposible tarea de guiarme
hacia ser mujer, nuestra amistad recomponi ndome
cada vez que me explotaba la boca,
el amable consejo de tus ojos, el generoso bálsamo
de tu risa, la involuntaria comedia de nuestro pelo.

Nuestros años de adolescencia se leen como una sátira de lo odioso;
nuestros diarios como boletines de apuestas que intentaban

seguir el ritmo de nuestros corazones galopantes, resistibles.
Pasaron años sin que nadie nos besase,
pasaron chicos que pusieron en peligro los tiernos

tendones de nuestro yo compartido, momentos que quisimos
romper en mil pedazos el espejo que era el cuerpo de la otra:

¡Yo no soy tú! ¡Yo jamás podría ser tú!,

y sin embargo aquí estamos. Casi veinte años después:
hechas y derechas, y más gordas, con el amor por fin

durmiendo dulcemente en nuestras camas. El domingo
comimos juntas quizá por millonésima vez, tañendo
nuestras risas como gongs ceremoniales, y me quedé
admirada al ver qué deslumbrantes mujeres surgieron
de unas chicas tan revoltosas, imparables y perfectas.

**De Oh, Terrible Youth.*

Yo tenía que ser Jimi Savannah

Patricia Smith

Mi madre raspó el nombre Patricia Ann de las ruinas de su sureño Delta descartado, creyendo que me ofrecería amparo y abrigo, que los hombres lascivos se largarían ante aquella bofetada. Con las manos en las caderas de Alabama, eligió lo simple y funcional, y luego se apropió de cada sílaba dramática, aplastándola una y otra vez con su lengua ancha y práctica hasta que sonó como una orden dada a Dios y no un nombre. Ella quería una hija de cabeza alisada y rodillas juntas, un trapié en la comba, una niña de delantal almidonado y pepinillo con caramelo de menta, de puntillas tiesas y mirada imperturbable en la salvación. Su Patricia Ann jamás musitaría el nombre de Dios en vano ni se pondría una de esas faldas finas de brillos que flirteasen con sus rodillas. Sería enfermera, maestra de primaria o ayudante de correos, empleos que requieren disciplina de despertador y calzado cómodo. Mis cuatro compases eran música suficiente para una vida insulsa de serrín de carnicería y alta cocina a base de tocino, para el Raid pulverizado en los bolsillos retorcidos de una cama abatible. No me convocarían consonantes arrugadas ni siseos acallados.

Mi padre detestaba las fronteras. Un vistazo a la barriga acuosa de mi madre e insistió, todo lo que podía insistirle a ella, en el nombre Jimi Savannah, queriendo bendecirme con el mote bañado en blues de una rompebolas, con el nombre de una chica talludita de vestido rojo ceñido y All-Stars sin atar. Quería inyectar músculo con lo que fuese que me llamasen, proveer cada sílaba de un minúsculo armamento para que nadie me tomase por nada más que una artera encantadora de serpientes con una navaja automática en el zapato. Mi destino era ser toda piernas,

una afilada debutante enganchada al Lucky Strike y al azúcar.
Cuando rezase, el chico de Dios soltaría una risita y lo tendría en cuenta.

Papá no quería que yo fuese la fábrica infalible de nadie,
la segunda opción o el ritmo secuestrado de nadie, así que urdió
un nombre tan raro y tan potente que hasta valía para un chico. Y sí,
recibió preparado la mirada que le lanzó mi madre cuando
por vez primera pronunció su elección, la mirada que decía: «Confirmado,
estás como una puta cabra». Se puso a hacer eso
que ella hace cuando crece un palmo de manera justificada,
y él decidió limitarse a susurrar: «Te quiero, Jimi Savannah»
cada vez que estuviésemos a solas, re- y rebautizándome como semilla
de Otis¹, urdiendo su propia religión y poniéndole mi nombre.

**De Shoulda Been Jimi Savannah*

1 Otis Douglas Smith, padre de la autora, a quien ha dedicado otras composiciones.

Cuando suena «Tip Drill»² en la fiesta de la fraternidad o cuando negarte a bailar twerking es una forma radical de amor propio

Fatimah Asghar

A Danez

A veces es tan simple como el plástico rugoso
de una tarjeta pasando por un culo: curvándose, temblando,
vibrando como una máquina recreativa cuando se toca.

A veces es tan simple como los chicos que aúllan
bajo luces brillantes y sólo ven las partes
diseccionadas de ti

—nariz, muñeca, nuca, pezón—

que pueden agarrarse, prenderse, rajarse,
corazón de rana palpitante y expuesto a la clase de ciencias
de chicos blancos de club y de sus manos.

A veces es tan simple como unas uñas sudorosas que se te clavan
cruelles en la barriga, el peso de unas zarpas que se afanan
en el botón de tu vaquero.

A veces es tan simple como una mirada de tu mejor amiga,
viva en la pista de baile, la luz de su sudor dulce
que te hace ver la central eléctrica que llevas dentro, ver la suma

² «Tip Drill» es una expresión que se usa para referirse a una persona atractiva pero de cara fea y también el título de una canción del rapero Nelly, cuyo vídeo muestra a muchas mujeres semidesnudas haciendo *twerking*. En el vídeo, un hombre pasa una tarjeta de crédito entre las nalgas de una mujer como si fuera un datáfono, escena que se recrea en el poema.

de tu cuerpo, no de las partes diseccionadas sino del total,
joder, que está vivo. A veces es tan simple
como quedar inmóvil en medio de todo el movimiento, el calor, la tarjeta,
el plástico, la ciencia, el meneo y decir:

No.
Hoy, este cuerpo,
es mío.